

PIERRE Mendes-France —sesenta años de edad— es hoy, en Francia, la más firme y destacada personalidad con que cuentan las fuerzas de la oposición y es el eje de una federación que en las elecciones que se celebran mañana, día 5, se enfrentará, en las urnas, con el gaullismo. Político nato y economista brillante, Mendes-France tiene tras de sí un largo y fecundo historial. Comenzó su carrera pública en 1932, al conseguir un acta de diputado por el partido radical-socialista; durante la segunda guerra mundial perteneció al Comité de Liberación y fue ministro de Hacienda en el primer gabinete De Gaulle; más tarde asumió simultáneamente la jefatura del Gobierno y la cartera de Asuntos Exteriores. En la histórica sesión del 2 de junio de 1958 votó contra la subida al poder del actual presidente de la República francesa. Por otra parte, ha sido gobernador del Fondo Monetario Internacional y gobernador adjunto del Banco Mundial. Su libro «La república moderna» constituye una inteligente propuesta de programa político, que ha influido, más o menos profundamente, en las nuevas corrientes políticas europeas tanto de la izquierda, como era natural, como de la derecha.

A continuación, ofrecemos largos fragmentos de las últimas declaraciones de Mendes-France. Se trata de un lúcido análisis de la situación internacional, enfocada a través del hecho más trágicamente decisivo de nuestros días: la guerra del Vietnam, y del fenómeno político europeo actual más interesante: el gaullismo.

JEAN DANIEL.—Nos hemos entrevistado con numerosos electores grenobleses y hemos observado con sorpresa que no sólo se planteaban cuestiones sobre el porvenir de su región, sino también, y de modo intenso, sobre el porvenir inmediato del mundo y sobre la situación de Francia en este porvenir.

PIERRE MENDES-FRANCE.—En esto se parecen a todos los franceses. Por mi parte me congratulo de estas preocupaciones. Lo que caracteriza a nuestra época es que, por primera vez, el mundo entero vive una única y similar historia diplomática. La gente se siente afectada personalmente por las noticias que llegan cada mañana de China, de Estados Unidos, de África o del Oriente Medio.

Existe, por otra parte, el miedo a la guerra, las amenazas de un conflicto mundial, la eventualidad de un enfrentamiento de las grandes potencias, que no pueden dejar a nadie indiferente. Se trata de un sentimiento con el que De Gaulle sabe jugar a la perfección. De Gaulle explota este contexto de inquietud no tanto para poner en marcha las fuerzas de la paz como para justificar su poder —y su entendimiento de este poder—, haciendo esperar a los franceses que, gracias a él, no se verán lanzados a una guerra eventual. Hay, desde luego, en su «désengagement», una manifestación de independencia más o menos nacionalista, pero hay también y sobre todo una manifestación de repliegue moroso y socarrón: se lleva el ascua a su sardina, se proclama de manera olímpica lo que convendría hacer, pero en realidad no se hace progresar nada, se distribuyen a la buena de Dios maldiciones y condenas y se vuelve uno a los franceses afirmándose que de ahora en adelante están al abrigo de los caprichos de los super-grandes.

J. D.—Lo que no obsta para que respecto a la guerra del Vietnam la actitud francesa sea más respetable que la de los demás países occidentales...

P. M. F.—Naturalmente estaba pensando en el Vietnam. La actitud de Francia es «más respetable»

HABLA

MENDES FRANCE

porque su gobierno condena crueldades injustificables y porque es realista al declarar que cualquier solución del conflicto implica la negociación con aquellos que luchan, la marcha de las tropas americanas y la autodeterminación real de los pueblos del Vietnam. Y esto es esencial, porque el asunto del Vietnam polariza la vida internacional. Mientras el asunto vietnamita no esté resuelto, nada es hoy posible en el terreno de las relaciones Este-Oeste, en el de Alemania, en el de Europa, en el del desarme atómico, en el del tercer mundo, en la vida internacional y no puede hacerse nada constructivo y progresista.

Y esto es así, no sólo porque un pequeño pueblo valeroso sufra atrozmente y padezca las consecuencias de una situación internacional que le sobrepasa. No sólo porque, como sabemos por experiencia, cuando una guerra comienza en un lugar tiene muchas oportunidades de extenderse y el mundo entero puede encontrarse implicado en ella un día, lo que determina que el «désengagement» se haga irrisorio, sino porque la guerra del Vietnam compromete objetivamente las relaciones internacionales y corta la evolución hacia la coexistencia en el progreso. Puede temerse, incluso para 1967, una vuelta a la guerra fría —si tenemos la suerte de que se evite la guerra—. Así pues, por lo que respecta a la gravedad de la situación, todo el mundo está de acuerdo.

Es preciso que cese esta guerra. Para ello hemos de demostrar a todos los que están implicados en el conflicto que es urgente la negociación.

El comportamiento del general De Gaulle en este terreno no es el de un hombre de Estado que desea la paz ante todo. Me gustaría tocar este punto sin espíritu de polémica y, naturalmente, al tratarse de un problema tan grave, sin preocupación «electoral». Es preciso ponerse de acuerdo sobre las palabras y sobre las realidades que aquéllas encubren. Si se quiere contribuir a la paz, si la urgencia de esta paz es tan imperiosa como acabo de

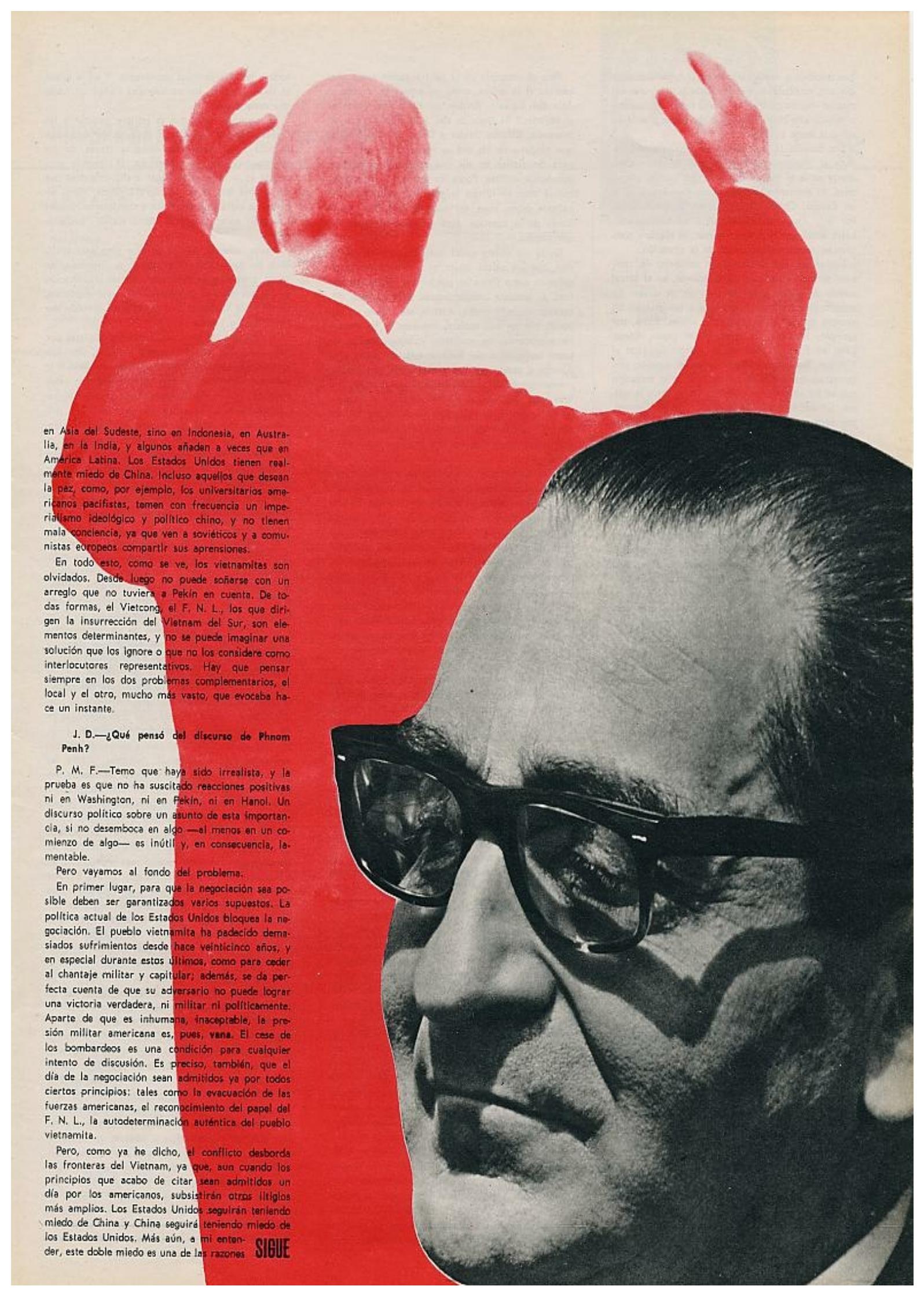
decir, hay que proceder a un análisis concreto, realista y, hasta cierto punto, frío. Ello puede parecer difícil a los que se sienten conmovidos por los bombardeos americanos y arriesgado a los que temen la expansión china, que, por cierto, abundan entre los liberales americanos e incluso entre los soviéticos. Pero hay que saber lo que se quiere y cómo puede conseguirse.

Veamos entonces lúcidamente de qué modo el pueblo vietnamita podría obtener su independencia y cómo podría desaparecer la amenaza de un conflicto general que pesa actualmente sobre el mundo.

El conflicto vietnamita es uno de los aspectos del enfrentamiento de dos grandes potencias, Estados Unidos y China. Se da el caso de que los observadores reconocen este hecho, pero no siempre sacan de él todas las consecuencias. Para hacerlo claramente hay que situarse en el interior de cada campo y abandonar toda actitud apasionada.

Los chinos están seguros de que los americanos pueden atacarles cualquier día y de que, asimismo, los americanos necesitan, por esta razón, instalarse militarmente —y definitivamente— en Asia del Sudeste y disponer de cabezas de puente. Se sienten sitiados. Los chinos temen muy sinceramente lo que entienden por imperialismo americano. Su complejo de cerco les lleva a sacrificar inversiones gigantescas en beneficio de su armamento nuclear y a desear un espectacular fracaso americano, un fracaso que haga saltar en añicos el conjunto del dispositivo militar de sus adversarios. Creen que este fracaso puede producirse en el Vietnam si los Estados Unidos se hunden en la arena movediza. Es lo que desean y lo que está ocurriendo.

Los Estados Unidos, por su parte, no están menos convencidos de la voluntad de expansionismo y de la agresividad de los chinos. Están persuadidos de que si evacúan el Vietnam del Sur permitirán una avalancha china, militar y política, no sólo



en Asia del Sudeste, sino en Indonesia, en Australia, en la India, y algunos añaden a veces que en América Latina. Los Estados Unidos tienen realmente miedo de China. Incluso aquellos que desean la paz, como, por ejemplo, los universitarios americanos pacifistas, temen con frecuencia un imperialismo ideológico y político chino, y no tienen mala conciencia, ya que ven a soviéticos y a comunistas europeos compartir sus aprensiones.

En todo esto, como se ve, los vietnamitas son olvidados. Desde luego no puede soñarse con un arreglo que no tuviera a Pekín en cuenta. De todas formas, el Vietcong, el F. N. L., los que dirigen la insurrección del Vietnam del Sur, son elementos determinantes, y no se puede imaginar una solución que los ignore o que no los considere como interlocutores representativos. Hay que pensar siempre en los dos problemas complementarios, el local y el otro, mucho más vasto, que evocaba hace un instante.

J. D.—¿Qué pensó del discurso de Phnom Penh?

P. M. F.—Temo que haya sido irrealista, y la prueba es que no ha suscitado reacciones positivas ni en Washington, ni en Pekín, ni en Hanoi. Un discurso político sobre un asunto de esta importancia, si no desemboca en algo —al menos en un comienzo de algo— es inútil y, en consecuencia, lamentable.

Pero vayamos al fondo del problema.

En primer lugar, para que la negociación sea posible deben ser garantizados varios supuestos. La política actual de los Estados Unidos bloquea la negociación. El pueblo vietnamita ha padecido demasiados sufrimientos desde hace veinticinco años, y en especial durante estos últimos, como para ceder al chantaje militar y capitular; además, se da perfecta cuenta de que su adversario no puede lograr una victoria verdadera, ni militar ni políticamente. Aparte de que es inhumana, inaceptable, la presión militar americana es, pues, vana. El cese de los bombardeos es una condición para cualquier intento de discusión. Es preciso, también, que el día de la negociación sean admitidos ya por todos ciertos principios: tales como la evacuación de las fuerzas americanas, el reconocimiento del papel del F. N. L., la autodeterminación auténtica del pueblo vietnamita.

Pero, como ya he dicho, el conflicto desborda las fronteras del Vietnam, ya que, aun cuando los principios que acabo de citar sean admitidos un día por los americanos, subsistirán otros litigios más amplios. Los Estados Unidos seguirán teniendo miedo de China y China seguirá teniendo miedo de los Estados Unidos. Más aún, a mi entender, este doble miedo es una de las razones

SIGUE

que impidan a Washington aceptar unos supuestos que son, no obstante, evidentes. Se vuelve, una vez más, al mismo problema: ¿cómo hacer desaparecer o reducir este doble miedo y cómo llegar a un arreglo que tenga porvenir?

Los Estados Unidos declaran que «no abandonarán» el Vietnam del Sur. Para ellos, este «abandono» sería el mayor éxito, no del pueblo vietnamita, ni siquiera del comunismo mundial, sino de un Estado, China, al que temen profundamente. Por esta razón, los americanos no han querido hasta ahora dar su brazo a torcer, ni siquiera comprender determinados datos de la situación.

Los chinos, por su parte, son solidarios del combate de los vietnamitas. Pero, además, en el actual estado de cosas, ¿por qué habrían de desear un arreglo local rápido si nada iba a cambiar en los asuntos que, en su opinión, son vitales, como, por ejemplo, Formosa, el estatuto del Japón, Corea, Laos, etc.? En el caso de un arreglo limitado al Vietnam, los Estados Unidos seguirían estando presentes en las demás zonas de Asia, y la tentación que se les atribuye de cercar a China sería la misma. La continuación de la guerra en el Vietnam, por otra parte, va acompañada de una deterioración de la posición americana a través del mundo y, sobre todo, en Asia, y conviene a China; en especial, ello da un carácter de traición a todas las formas de distensión entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos.

¿Qué hacer entonces? ¿Proclamar que el mundo va hacia el caos y no hacer más que intentar escapar uno mismo de él? Esto es inaceptable para un hombre que está, por naturaleza, contra la indiferencia, el repliegue, el «desengagement», sino que busca siempre el combate y la acción. Es contrario, también, a la actitud de un hombre de Estado, en primer lugar, porque es absurdo creer que podríamos ponernos al abrigo de un caos mundial si, por desgracia, la guerra llegara a estallar y, también, porque debemos dar a Francia la única expansión que vale, la de la misión pacífica.

Algunos dicen que los hombres están destinados a matarse entre sí y que no renunciarán a ello mientras sus armas no sean iguales, hasta que las agresiones no resulten suicidas. Es lo que llaman el equilibrio del terror. Añaden que si los Estados Unidos no han podido intimidar a la Unión Soviética ha sido gracias a sus medios nucleares, y que, por el contrario, solamente se han sentido intimidados por esta última cuando la propia Unión Soviética se ha convertido en potencia atómica. Por tanto, hay que esperar a que China disponga de un armamento atómico tan poderoso e importante como el de la U. R. S. S. y el de los Estados Unidos para que por fin puede instaurarse una nueva coexistencia pacífica extendida a todos los «grandes» del mundo. Aparte de que una teoría tan radicalmente pesimista no puede dictar el comportamiento de los hombres amantes de la paz, y de que la paz debe resultar de la voluntad y del combate de los pueblos y no de su terror recíproco, no puede olvidarse que hemos estado varias veces al borde de la guerra entre los soviéticos y los americanos. No podemos resignarnos a la persistencia de los peligros; ¿quién podría garantizar, además, si las cosas siguen en este estado de clima de escalada, que los Estados Unidos, bajo la presión de ciertos medios, no cederán un día a la tentación de impedir, por todos los medios, que China alcance la igualdad atómica por miedo a tener que enfrentarse entonces con ella?

J. D.—¿Qué propone usted para vencer el doble miedo que ha descrito?

P. M. F.—De Gaulle ha lanzado la idea de una neutralización del Vietnam del Sur —o del Vietnam entero, o, incluso, de toda Indochina—. Por las razones que he indicado, esto me parece carente de realismo, y si, por casualidad, se realizara, no duraría.

Pero el principio de la neutralización toma otro sentido si se aplica, como yo propongo, a toda el Asia del Sudeste. Porque, en definitiva, ¿cuál es el objetivo? Se trata de dar a los dos campos en presencia, Estados Unidos y China, la seguridad de que ninguno de los dos se instalará en esta zona para desarrollar en ella una expansión ideológica, económica, militar. Todos los territorios de esta inmensa zona en la que la guerra es semicaliente o caliente deben, pues, ser neutralizados. Si se va al fondo de la cuestión, esto es aceptable para los dos bandos.

Quizá me objete usted que esta idea es quimérica, que los países limítrofes de una potencia gigantesca como China no pueden ser realmente neutros, ni siquiera independientes. Esto es muy discutible: véase Finlandia, Austria, etc... Pero yo respondo que los más egoístas intereses de los chinos, los americanos, los soviéticos y, especialmente, de todos los pueblos del Sudeste asiático, deben conducirlos a desear que los territorios en cuestión no puedan servir de plataforma a ninguna acción militar hostil. Por esto es por lo que los dos principales antagonistas se enfrentan precisamente en esta zona. Si se toma claramente conciencia de ello, la quimera se convierte en una empresa concreta y verosímil.

A los americanos que duden de que los chinos cumplirán su palabra y respeten los compromisos, les sacaré a relucir el precedente de 1954. El problema era entonces mucho más limitado, pero de la misma naturaleza. Hubo unas intenciones, hace trece años, de crear una situación de equilibrio tal, que los adversarios ya no tenían por qué temerse recíprocamente. Se llegó a un estatuto para Laos, Camboya y el Vietnam, que daba a cada uno la seguridad de que las cosas estaban estabilizadas, de que las presiones exteriores quedaban en adelante neutralizadas y los peligros militares excluidos. Ahora bien, es un hecho que durante un número de años no despreciable —digamos aproximadamente seis— este estatuto ha sido respetado por todos. Los chinos han respetado el acuerdo de 1954 mientras lo respetaron los demás. Voy aún más lejos: en Ginebra había sido previsto que las elecciones del Vietnam tendrían lugar en 1956; no tuvieron lugar. No sólo esto no es culpa de los chinos, sino que —hecho muy digno de ser señalado— los chinos, los soviéticos, los vietnamitas del Norte se contentaron entonces con elevar ciertas protestas moderadas, sin utilizar el hecho como pretexto para poner en cuestión el estatuto de conjunto, ya que este estatuto, en el peor de los casos, les daba satisfacción en lo esencial, a saber, la ausencia de amenaza extranjera en el Sur. Las cosas cambiaron hacia 1960, cuando tuvieron la sensación de que en Laos y en el Vietnam tal amenaza aparecía. Este es el origen del drama actual.

Este precedente merece reflexión. La inmensidad de las tareas que se han impuesto prohíbe de hecho a los chinos toda clase de imperialismo de tipo clásico. Cuando parecen agresivos, no hacen sino manifestar su complejo de cerco y su temor de una invasión, y es a esta inquietud a la que hay que proporcionar una respuesta válida.

Estoy persuadido de que si interviniera un arreglo en el espíritu que acabo de evocar; si, en consecuencia, los chinos fueran liberados de su temor a los Estados Unidos, podrían jugar el juego. Es su interés más evidente. He discutido sobre ello con algunos de los más eminentes expertos en materia asiática, y muchos están de acuerdo conmigo al respecto.

Por otro lado, debe ser posible vencer a los Estados Unidos de que el mejor modo de diversificar los comunismos asiáticos, y de reducir finalmente la influencia de Pekín, no es hacerles depender aún más de la potencia militar de China, sino más bien hacerles participar en mayor grado en una vida internacional pacificada, orientada ante

tado a los intercambios económicos. Y en la ayuda al tercer mundo, los occidentales tienen un papel que desempeñar.

En resumen, creo que es posible mostrar a los Estados Unidos que si su objetivo es realmente impedir esta «avalancha china» a través de los continentes que les obsesiona, la fórmula propuesta es la única para llegar a ello, mientras que su presión militar no lo logrará nunca, como algunos de entre ellos empiezan a comprender. Robert Kennedy parece haberlo comprendido perfectamente.

Añado, además, que la política propuesta suscitara en todas partes, en India, en Birmania, en Japón y en el mundo entero, una tal movilización de fuerzas morales y políticas que sería imposible, de hecho, a cualquier país ponerla en cuestión durante mucho tiempo.

Se dirá que los americanos son imperialistas por naturaleza, que no es el miedo a China, sino una ineluctable lógica expansionista lo que les lleva a la guerra del Vietnam; en este caso, no podrían adherirse más que hipócritamente a una amplia neutralización de Asia. Aquí hay que explicarse. En primer lugar, no sería la primera vez que un arreglo pacífico interviniera entre dos hipocresías o, más bien, entre dos segundas intenciones. ¿Es que la coexistencia pacífica es el producto de cálculos desinteresados de diplomáticos, de hombres de Estado o de estrategas? Me da lo mismo. Lo importante es realizar una conjunción de intereses que sirva a la paz.

El conocimiento que tengo de los Estados Unidos me lleva a hacer una distinción entre un colonialismo de intención y un expansionismo económico que está en la lógica de los Estados Unidos. A pesar de la escandalosa intervención en Santo Domingo, a pesar de los errores trágicos en Cuba y en América Latina, a pesar de los inexcusables bombardeos del Vietnam del Norte, me atrevo a decir que el colonialismo, tal como lo hemos conocido y practicado, es ajeno a la tradición política americana. Naturalmente, la borrachera del poder, la supremacía política de los grandes trusts, la búsqueda de mercados, el miedo al comunismo y, en fin y sobre todo, el miedo casi histórico a China, conducen a los Estados Unidos a un expansionismo que toma formas agresivas, belicosas, contra las que es preciso prevenirse, y contra las cuales hay que esforzarse en prevenirlas por un diálogo directo y sin complejos ni de inferioridad ni de provocación. Lo que no quita para que la idea de la anexión colonial esté ausente del concepto político americano, y que el expansionismo económico desemboque, de un modo mucho más provechoso, en soluciones pacíficas que en la guerra. Los Estados Unidos tienen el mayor interés en desarrollar sus intercambios con los países del Este —y más tarde con los de Asia— y serán llevados a hacerlo en cuanto salgan del callejón sin salida en el que se encuentran y de la psicosis que reina en la actualidad en las relaciones internacionales.

Existe en Estados Unidos un movimiento todavía débil, pero creciente, en favor de la paz en el Vietnam. Se hacen oír voces cada vez más numerosas, y la publicación, en el «New York Times», de los objetivos artísticos de Salisbury ha tenido una repercusión que abre la vía al optimismo. Mientras que este estado de espíritu progresa en Estados Unidos, los países de Europa del Este y la Unión Soviética buscan cada vez más activamente el medio de poner fin a la guerra. Incluso en Hanoi aparecen signos que permiten creer que una acción razonable y honesta en favor de la paz no quedaría sin respuesta. Los actuales acontecimientos de China, por lamentables que sean, desde diferentes puntos de vista, ¿no tienen por consecuencia, en razón de su propio carácter desordenado e irracional, el animar a los hombres de Hanoi o del Vietcong a mostrarse más moderados?

Naturalmente, nada es sencillo, y existen obstáculos

los que surgen por doquier y con frecuencia en forma harto inesperada. Muchos americanos temen una reconciliación chino-soviética. Los chinos denuncian la colusión soviético-americana. Los soviéticos se preguntan qué sucederá si un día los chinos y los americanos arreglan sus litigios y llegan a entenderse. Todos estos factores, todos estos temores, tienen gran peso en el asunto vietnamita. A decir verdad, parecen insuperables, salvo por un acuerdo global en condiciones que garanticen los intereses de todos. No veo más salida en este sentido que la neutralización del conjunto de la zona en litigio, que es el conjunto del Asia del Sudeste, de la India al Japón y a Australia.

No se logrará rápida ni fácilmente, pero es la única salida posible. Para alcanzarla será preciso un rudo combate, el único combate responsable para un máximo dirigente: dar a su país el papel de campeón de la paz entre las naciones.

Mire lo que hace U Thant con una extraordinaria, una admirable tozudez. Sin brillo, sin espectacularidad, busca incansablemente las verdaderas condiciones de la paz. Un país como Francia podría ser el que mejor ayudara al combate de U Thant. Francia es desinteresada y está mejor situada que Gran Bretaña, demasiado ligada a los Estados Unidos, o que la Unión Soviética, en función del conflicto de ésta con China; Francia podría, pues, intervenir útilmente. De hecho, se contenta con dar a todo el mundo lecciones a voleo. Evidentemente, cuando estas lecciones coinciden con un bombardeo americano, uno no puede más que sentirse de acuerdo emotivamente, se estima que la severidad está justificada, y los hombres progresistas se dicen que más vale que el Jefe del Estado hable así en lugar de caucionar la política americana. Pero, en fin, ¿cuáles son los resultados? ¿No es éste el modo de construir la paz?

J. D.—¿Quiere decir que De Gaulle no desea realmente la paz?

P. M. F.—No, ciertamente. Creo que desea la paz, pero lo que quiero decir es que no antepone la búsqueda de la paz a cualquier otra preocupación.

J. D.—Algunos piensan que De Gaulle es pesimista respecto a la posibilidad de hacer evolucionar a los Estados Unidos.

P. M. F.—En todo caso, no hace nada por que evolucionen. Llego a pensar que experimenta un cierto placer en comprobar cómo se deslizan y desacreditan ante el mundo. Como usted sabe, pesan mucho en él algunos recuerdos personales. ¿Qué pensar de un hombre de Estado que basa una política nacional e internacional en recuerdos ingratos?

Cuando Francia era un país colonialista, los Estados Unidos nos dieron algunas lecciones que se nos han quedado atagantadas. Hay franceses que caen en la tentación de hacer otro tanto. Esta actitud puede encontrar, paradójicamente, resonancias en el combate anti-imperialista de los militantes de izquierda, pero en absoluto es responsable de ello. Si se trata de la paz que perseguimos y no de un desfogue de pasiones —justificadas, incluso— no necesitamos imprecaciones, sino soluciones y un gobierno responsable debe hacer todo lo posible por conseguir las. Los Estados Unidos no se hundirán a causa de nuestras condenas; eso sería muy fácil. La guerra depende de ellos y es preciso buscar un arreglo. Hay que comenzar por proponer cosas concretas que puedan movilizar desde ahora a los que, entre ellos, combaten la política de su gobierno, a los cuales debemos nosotros ayudar.

De todas formas, en política extranjera, las relaciones no deben nunca ser de alianza o de hostilidad incondicionales cuando se mantiene una verdadera independencia. Con cualquier país del mundo hay puntos de cooperación o contradicción, co-

laboración o antagonismo. La China Popular se alimenta con el trigo australiano y canadiense; la Alemania Federal comercia con los países del Este mucho más que nosotros; Estados Unidos y la Unión Soviética han llegado a un nivel de intercambios comerciales considerables (que, después de la guerra del Vietnam, se acrecentarán prodigiosamente). No tiene, pues, sentido elegir una política que sea «anti-algo» sistemáticamente.

Es evidente que las relaciones con los Estados Unidos plantean problemas serios. Un país como Estados Unidos ejerce (aunque no lo quiera, pero en una cierta medida lo quiere) un efecto de dominio y de influencia, y siente una inclinación a abusar de ellas. Contra esto debemos estar precavidos. Creo que ya lo he dicho en más de una ocasión. Una política de auténtica independencia no tiene necesidad de recurrir a una agresión verbal constante, que, en cierto sentido, es pueril. Exige, por el contrario, decisiones enérgicas al nivel económico, financiero, industrial, científico, en los que el régimen actual apenas se ha interesado hasta ahora.

J. D.—¿La popularidad de De Gaulle en el tercer mundo y en ciertos países del Este no se debe, en parte, a su pasión antiamericana en estos momentos de la guerra vietnamita?

P. M. F.—Temo que algún día nos daremos cuenta de que De Gaulle no hace avanzar ningún problema en el tercer mundo y que después de un viaje triunfal, una jira apoteósica, un discurso de altos vuelos, en suma, una vez pasado el espectáculo, y yo creo que el espectáculo es a veces muy hermoso, no queda nada.

¿Dónde están nuestras relaciones con América Latina después de la performance turística del General? O incluso yendo más lejos, ¿dónde nuestras relaciones con África? No hemos conseguido arrastrar a la mayoría de los países francófonos, en las Naciones Unidas, cuando se trataba de la admisión de China en la ONU.

Respecto a la política de acercamiento al Este, ¿no cabría explotar la situación con más provecho? He aquí un buen ejemplo que define e ilustra bien el gaulismo. Si el objetivo es simplemente demostrar que la nación francesa sacude con soberbia la tutela americana, en ese caso estoy de acuerdo en que se ha elegido el procedimiento más espectacular. Pero si lo principal es la construcción de la paz, de la distensión internacional, ¿por qué no se ha intentado conseguir un paralelismo entre el alojamiento de la Alianza Atlántica y el del Pacto de Varsovia? De Gaulle fue a Moscú el verano pasado; pudo intentar persuadir a los soviéticos y a sus aliados para que dieran pasos en este sentido. La iniciativa francesa habría supuesto una contrapartida o más bien un prolongamiento y la tentativa hubiera tenido una inmensa resonancia en los países del Este y en todo el mundo. De Gaulle no lo hizo y yo lo siento. Porque, a partir de 1965, todo parece indicar que el paralelismo hubiera sido deseado por todos los pueblos de ambas partes. Pero Francia no buscaba tanto la distensión colectiva; lo que en realidad buscaba era una soledad prestigiosa y antiamericana. ¡Pero esto no es bastante!

J. D.—Dentro de esta perspectiva, ¿qué piensa de la Europa del Atlántico a los Urales?, ¿es una fórmula vacía o ilusoria?

P. M. F.—Hay que estar precavido para no juzgar malo lo que se ha considerado bueno simplemente por el hecho de que haya sido emprendido por otros.

El acercamiento al Este es una idea que la izquierda francesa ha mantenido durante años y no se trata ciertamente de rechazarla. Pero en este punto el reproche que se puede dirigir a De Gaulle es la imposibilidad en la que se encuentra para traducir en actos, opciones que podrían ser útiles.

HABLA MENDES FRANCE



No basta con lanzar discursos, intercambiar visitas ministeriales, hacer que resuenen en París himnos nacionales que en otro tiempo eran ignorados o malditos. Todo esto tiene que traducirse en consecuencias concretas. Evidentemente, existen obstáculos; las diferencias de régimen y de administración en los países occidentales y las democracias populares no facilitan las cosas. Sea lo que fuere, nuestras relaciones comerciales con el Este son ridículas; tanto Alemania Occidental como Inglaterra nos superan con mucho sin hacer tanto ruido. En el orden cultural apenas hacemos nada. Nuestros programas universitarios no han cambiado desde hace veinte años y se puede conseguir una licenciatura en ruso en París sin saber lo que ha acontecido en la U. R. S. S. desde la muerte de Lenin.

Volviendo a los intercambios comerciales, éstos serían mucho más fáciles si no fuesen solamente bilaterales. Una Europa occidental organizada tendría más posibilidades de colaborar económicamente con el Este que Francia sola. Si se quiere un día dar sentido a la famosa frase «del Atlántico al Ural», es necesario construir una Europa económica.

Si hoy los países europeos siguen dócilmente las directrices americanas es, sobre todo, porque se sienten solos. Esto es así para Inglaterra como para cualquier país continental. Europa es mucho menos independiente, tal cual es actualmente, que lo sería en el caso de haber adoptado posiciones comunes. Precisamente en este momento se presenta una ocasión dramática: la urgencia de una movilización mundial de la opinión pública en favor de la paz. ¿Por qué no enfrentamos a nuestros aliados europeos con sus responsabilidades? Y esto, sin declaraciones ruidosas, que no pueden convencerles, sino a través de una acción positiva en favor de proyectos concretos, precisos.

Sin embargo, hay que tomar a cada país tal cual es. Por ejemplo, Nenni propone una Europa de cinco sin Francia, porque la política de De Gaulle no le gusta. Este se opone a la entrada de Gran Bretaña porque la considera, unas veces, demasiado insular; otras, demasiado atada a los Estados Unidos. Ni una ni otra posición son maneras positivas de concebir la política. Europa no se hará sin Francia y Gran Bretaña.

J. D.—¿Cómo concibe las estructuras de una Europa unida?

P. M. F.—Numerosos problemas de orden económico, agrícola y monetario, etc., sólo pueden resolverse dentro de un marco continental; superan las fronteras de cada país. El simple hecho de reunir a intervalos regulares a los Estados interesados para ponerse de acuerdo, no permite crear una política verdaderamente colectiva si cada uno de ellos conserva la plena y total soberanía como lo quiere De Gaulle. Hay que aceptar, por tanto, la existencia de órganos centrales, dotados de atribuciones propias, mediante una cierta delegación de poderes, al servicio de una política elaborada por procedimientos democráticos y que corresponda a las necesidades de la comunidad. Puede discutirse el alcance de esa delegación de poderes, pero jamás rechazar el principio si se quiere realmente que la empresa europea tenga alguna posibilidad de prosperar.

(Pasa a la página 70)

LOS ORIGENES DEL MUNDO Y DEL HOMBRE

ron el espacio entre la Creación y la época del beduino Abraham con la actividad, en la prehistoria, del Yavé-Dios de la Biblia, «seleccionando un gran cuerpo de material que relataba el tiempo prehistórico, mitológico». Lo único que interesó al autor sagrado es rellenarlo con unos relatos esmaltados de imágenes míticas «para mostrar la presencia y gobierno, en ese mundo prehistórico, de su justo y santo Dios». Pero no podemos ir más allá, ni tomar cada frase de esos pasajes bíblicos para construir figuras con relieves históricos claros y contornos definidos, pues lo que tenemos sólo son relatos anacrónicos e inexactos.

De ahí que yo prefiera inspirarme en hombres como el teólogo T. Kampmann, de la Universidad de Munich, y no en minuciosos análisis de superados escrituristas que desvirtúan —en mi opinión— el sentido básico de tales relatos. Por eso Kampmann —con inteligente sentido— afirma que «la comprensión de la historia se dificulta porque ésta permanece posteriormente en el ingenuo mundo de las imágenes e ideas infantiles: "Cain, el malo —se dice—, mató a Abel, el bueno". Este tipo de figuras requiere una urgente corrección. El estadio de crecimiento en la fe debería realizar muy en serio esta corrección, para que, en el estadio del cristianismo adulto —que es el actual—, se percibiera el misterio con toda claridad. ¿Quién era Cain? La mentalidad infantil lo tiene por un bárbaro primitivo. El texto yavista —de la Biblia— no lo hace así claramente». Esa y no otra es la verdad, muy distinta de esa frase calificadora, en términos demasiado absolutos, de esos dos personajes.

Inspirándome en este profundo teólogo —y expongo mi criterio para aclaración a un suscriptor— pensé, en mis artículos anteriores sobre la película *La Biblia*, ir más adelante que él y sacar más amplias conclusiones, combinando ideas de algunos excelentes escrituristas como Lagrange, O. P.; Mac Kenzie, S. J.; T. Schwegler, O. S. B.; de Vaux, O. P.; van der Born, J. B. Bauer, Dheilly, Gunkel, Heinisch, Pirot y Clamer, H. Lusseau, Rencens, Chaîne, Sutcliffe, de Fraine, Hauret. Y creí también, con algunos de ellos, que Abel significaba «existencia precaria, débil y sin valor» (porque eso es *hebel*, en hebreo), y que se representaba en tal personaje mítico a los débiles y no a los creadores —como el herrero Cain, cuyo nombre expresa su profesión más civilizada—. Y he aprendido, con Kampmann, que «Cain es el elegido por nacimiento», en quien «la primogenitura se junta con mayor competencia en la profesión», que «Cain es, y continúa siendo, amigo de Dios», que «si Cain es el símbolo del hombre eterno, Abel lo es del justo que sufre», y «quien piensa en la persona y en la historia de Abel no puede entenderla de otra forma que simbólicamente», sin perjuicio de que fuese una persona real. Del mismo modo que la evasión a la tierra de Nod —la huida de la tierra de Dios, que era el Edén— no es sino el comienzo de la cultura, de la legítima cultura profana, desligada de religiosidades heterónomas, peligrosa, como todo lo creador, por ambivalente, pero no mala ni mucho menos. Yavé-Dios quería ciertamente que Cain protegiese al débil Abel; y no lo hizo, y por eso falló. Pero no lo pone a este último como modelo de hombre, en su debilidad bonachona, sin empuje constructor del mundo, porque Abel —como también dice Kampmann— «muere sin descendencia, y la descendencia es, casi siempre, expresión de la bendición de Yavé».

Y la contraposición pastor-agricultor (en Cain y Abel) no es «sino la vieja tradición israelita que prefería el modo de vida nómada de los pastores, que la civilización de sedentarios agricultores», porque seguramente ese relato es un ropaje socio-cultural y no una enseñanza revelada. Así ocurre en el capítulo IV del Génesis que «en la primera parte del capítulo se presenta la vida agrícola como honrosa y agradable a Dios, mientras que la vida nómada es considerada como un castigo. Por el contrario, a partir del versículo 17, la vida nómada aparece como el ideal al que debe aspirar la civilización», dice el especialista P. Arndtich, O. F. M. No podemos, por tanto, sacar consecuencias bíblicas definitivas favorables a una u otra actitud, pues en pocos versículos pondríamos en contradicción a la Biblia consigo misma, si esas afirmaciones fuesen auténtica revelación.

No sé si acerté a expresarme, pero mi secreto anhelo hubiese sido un genial film al estilo de «Giulietta de los espíritus», combinado con el realismo humano-social de «La Persona Buena de Sezuan», que hubiese retratado, con simbolismo actual asequible, la «larga marcha» de la humanidad en su construcción del mundo; y no una especie de grandioso serial expresando infantilmente las ideas de la Biblia. Eso es lo que también quieren —creo yo— los hombres de la segunda mitad del siglo XX, porque estos hombres «antes de soñar, necesitan saber», y para eso exigen «que las verdades de la Revelación, incluso las acuñadas en dogmas, sean nuevamente formuladas en nuevas épocas culturales» (M. Schmaus).

E. M. M.

HABLA MENDES FRANCE



(Viene de la pág. 29)

Inglaterra, sean cuales fueren sus debilidades actuales, es un país fundamentalmente orientado hacia la paz. Su presencia política no pueda ser sino útil y sana también desde el punto de vista económico. Efectivamente, Inglaterra busca ansiosamente el progreso social y el pleno empleo; camina hacia la planificación y la política de rentas; en este sentido influirá sobre Europa, de la cual formará parte.

Una Europa concebida de esta suerte, especialmente si engloba a Inglaterra, deberá tener una política monetaria concertada. Esto planteará el espinoso problema de la libra esterlina. La negociación con Inglaterra para su entrada en el Mercado Común debe, por consiguiente, abarcar las cuestiones monetarias. Esto es esencial; recordemos que la libra se utiliza para financiar el 40 por ciento del comercio mundial, lo cual es importante.

J. D.—Volvamos al tema alemán.

P. M. F.—Alemania goza de una posición diplomática considerable y De Gaulle, involuntariamente, la ha valorado demasiado. Esto es un hecho. Alemania se ha convertido en una especie de apuesta y De Gaulle ha intentado ganarla. Pero los americanos, que tenían más medios, se la han quitado.

A partir de la liberación, todos los gobiernos franceses, tanto de derechas como de izquierdas, han tenido siempre prevención contra una unión militar entre alemanes y americanos, que Francia no pudiera controlar en mayor o menor grado. El binomio germano-americano ha constituido el mayor temor de todos los gobiernos franceses desde hace veinte años. La política de De Gaulle ha realizado lo que todo el mundo había intentado impedir.

Hoy en día, un examen superficial de los hechos puede hacer pensar que Alemania se acerca a nosotros y se aleja de los Estados Unidos. En realidad, las consecuencias de nuestra política han sido las de licitar por Alemania y fomentar en ella malas tentaciones. Si examinamos esta cuestión con detenimiento, vemos que es más independiente con relación a Europa y con relación a Francia que hace diez años, mientras que sigue dependiendo tanto como antes de los Estados Unidos.

Las consecuencias de nuestras decisiones e iniciativas en este campo sólo pueden fomentar que los americanos propongan a Alemania condiciones ventajosas que nosotros no podemos ofrecerle. A no ser que los Estados Unidos decidan un día entenderse directamente con la Unión Soviética para arreglar el problema alemán en su totalidad, es decir, el europeo.

J. D.—¿Pero no ha surgido una nueva política en Bonn, personificada por el nuevo ministro de Asuntos Exteriores?

P. M. F.—Se está produciendo ciertamente algo que será interesante ob-

servar. Pero es demasiado pronto para pronunciarse categóricamente. Hay una especie de toma de conciencia; se realizan ciertos progresos; hay hombres que evolucionan, que caen en la cuenta de que la política alemana del pasado —concretamente su obstinación en mantener posturas negativas— no conduce a nada. Es posible que salga algo de todo esto, pero aún no sabemos nada. Los rusos, que son muy sensibles a todo lo que sucede en Alemania, observan lo que está pasando con mucha circunspección, pero sin cerrar la puerta a las evoluciones que puedan darse.

J. D.—Si tuviese que definir los criterios generales de una política exterior progresista, ¿qué diría como oposición al gaullismo, o incluso como superación del mismo?

P. M. F.—Para De Gaulle, la nación es la base, el límite, el fin de toda política. Se cita a Barrés: la Nación, la tierra, los muertos, la lengua, la cultura constituyen una totalidad que trasciende a toda política que la determina. Hay que salvaguardar esta totalidad, conservarla íntegramente en sus medios materiales, sus fronteras, sus hombres, sus voluntades independientes y libres de cualquier sujeción exterior. Y no solamente respecto a otros países, sino incluso respecto a cualquier comunidad internacional organizada. Es preciso, asimismo, que la Nación mantenga un cierto rango —es decir, «La Grandeur», lo cual exige la constante pretensión de jugar un papel de primer plano, una susceptibilidad extrema en las relaciones con otros países, un armamento lo más poderoso posible.

Para nosotros, los fines de la política exterior son de otro tipo, no terminan con las fronteras, son más ambiciosos, de un alcance mayor, ya que los objetivos que se persiguen son objetivos de interés general: la consolidación de la paz, el progreso de la democracia internacional, la disminución de la explotación de las masas subdesarrolladas y su emancipación, el desarme controlado, la formación y consolidación de agrupaciones de cooperación internacional como, por ejemplo, Europa.

La política internacional, para nosotros, debe tender incansablemente a limar las rivalidades, los conflictos, y no intentar sacar provecho con los métodos caducos y peligrosos del tradicional juego diplomático. Debe tender a colaborar a que la sociedad internacional se eleve a un nivel superior de conciencia y de disciplina, a medida que aparecen nuevos riesgos, pero también las nuevas e inmensas posibilidades que proporciona nuestra época.

JEAN DANIEL

© L. FORESTIER 1967 Y TRIUNFO

(Prohibida rigurosamente la reproducción incluso parcial)